

AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

11. SOBRIO PROBLEMA
CHRISTIAN MARTÍNEZ

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Christian Martínez

SOBRIO PROBLEMA



Sobrio problema

Se sienta en una de las sillas plásticas amarillas y alza la mano para que Camila, quien no lleva más de un mes trabajando, le lleve una cerveza, ya sabe cuál debe servir. Tras cambiar la canción y poner una de Rafael Orozco, le lleva rápidamente la botella a Nelson, quien con una semana de trabajo encima, siente como si la joven se ralentizara a cada paso. Cuando por fin la joven pone la botella sobre la mesa, la toma y da un sorbo, siente como el líquido apenas por encima de los cero grados baja por su garganta, el frío se extiende por todo el cuerpo y una pequeña ola borra la mayor parte del cansancio, abre los ojos con vista distorsionada por las lágrimas producto del gas.

—Hola Cami, ¿cómo vas?— dijo mientras ponía la cerveza sobre la mesa y se limpiaba el sudor que le había empapado la frente.

—Bien don Nelson, juiciosa como siempre.

—Me alegra, por favor tráigame otra, porque esta me la acabo en otros dos sorbos, hoy tengo mucha sed.

—Si señor— dando media vuelta se movía como el que atiende a alguien importante, con una rapidez tal que no rompiera el protocolo, pero diese la mejor atención, para Camila, atender a Nelson era un descanso dentro de su trabajo, al resto de clientes le tenía que soportar invitaciones, propuestas, halagos morbosos y solo hablando de lo que no se podía quejar.

Puso el bolso sobre la mesa, «ni siquiera lo había soltado, por eso uno no descansa, porque no se mentaliza a descansar» pensó mientras creía que ya le estaba haciendo efecto la cerveza. Cuando tomaba le gustaba reflexionar sobre la vida, analizarlas y salirse un poco de sus ojos, el alcohol le permitía ver su propia vida como un tercero al que no le importa mucho lo que suceda, como si fuese dios, simplemente da su opinión de lo que debió ser y no muy a menudo tomaba una decisión que, en su totalidad, le habían sido de provecho.

Da el sorbo final de esa botella y la pone sobre la mesa formando una intersección con los círculos de agua dejados por la misma en las dos ocasiones anteriores que la levantó, esta vez un poco más fuerte. El alcohol lo ponía así, obedeció por la costumbre y con la misma fuerza se levantó para ir al orinal, en lo que

esperaba fuese la primera vez que iba a ir durante la noche, «eso es lo único que no me gusta de la cerveza, orine y orine cada cinco minutos» en el último piso de la plaza no había baño público, pero ya Camila sabía que a don Nelson se le prestaba el baño del local.

Cuando se sentó, había una cerveza recién destapada sobre la mesa y la botella vacía había desaparecido «qué buen servicio» pensó mientras se sentaba y recibía la luz cálida del sol rojo del atardecer en la cara. Era por lo único que iba a este lugar, no trabajaba cerca, no le gustaba la música, siempre era vallenato del chillón, la gente no le incomodaba, se asqueaba viendo las personas que habituaban en este tipo de lugares, ver el contraste de la belleza de Camila con el lugar tan horrendo en el que le tocaba trabajar, de cómo las personas se embriagan para perder la poca vergüenza que les quedaba, era todo un espectáculo y siempre era diverso. A pesar de esto, era el único sitio donde se podía ver el atardecer con una cerveza dentro de un establecimiento en Bucaramanga, la otra opción era el mirador de Morrorrico, pero había escuchado que los robos eran comunes.

Dio el primer sorbo de la cerveza, «además la cerveza siempre la sirven bien fría, el enfriador de este

sitio es un portal al polo sur, porque de las cosas feas de la vida, la cerveza caliente» puso la botella nuevamente sobre la mesa. Viendo como Camila le había borrado con su trapo de limpiar, su intento de formar el símbolo de los juegos olímpicos con las marcas de la botella «bueno, será que me tocará pedir otras, pero que lo hago, lo hago» dijo para sí mismo creyendo que le había llegado ya su humor de borracho. Otro sorbo y pensó en cómo la cerveza a pesar de ser a temperatura ambiente, una de las peores cosas de la vida, fría, era de las mejores.

En la mesa de al lado, se encontraba un hombre gordo, de esos gordos que no se ven lentos, de aquellos que tienen la fuerza para mover su cuerpo de forma ágil si la situación lo requiere. Sin embargo, en su estado actual le era imposible responder en cualquier forma, sentado en su silla plástica, su cabeza inclinada hacia adelante goteaba babas sobre su esfera abdominal, «y a pesar de todo se ve contento, puede que mañana esté arrepentido y con guayabo, pero hoy está feliz, sabe qué mi amigo, hoy me emborracho en su honor» y levantando la cerveza que hizo el gesto de un brindis con aquel hombre que no se enteraba de su propia existencia.

Levantó la mano y pidió otra cerveza, a lo que Camila respondió rápidamente, tomó la cerveza y ya no tenía la sed inicial, por el contrario, se sintió un poco lleno «putos gases» pensó mientras ponía la cerveza sin darle el primer sorbo. Ya no tenía sed, en este punto beber cualquier cosa debe tener un beneficio adicional, «por eso uno toma sin sed, porque emborracha, si no, la gente solo tomaría por mucho dos cervezas» en ese momento un frío le bajó desde la protuberancia occipital externa que no todo el mundo la tiene o por lo menos eso le había mostrado la experiencia, hasta su cadera, sintió perder fuerza en las piernas y casi se orina del miedo que sintió ante la idea que el alcohol perdiera su efecto.

«Sería un caos, habría saqueos, vandalismo, la anarquía reinaría la sociedad y volveríamos a la ley del más fuerte, como si la hubiésemos abandonado. Bueno, tal vez exagero, por un lado, se disminuirían los accidentes de tránsito y enfermedades ocasionadas por el alcohol, la violencia intrafamiliar creo que sería la misma, el que le pega a una mujer lo hace bueno y sano o borracho, a final de cuentas el alcohol hace valientes no cobardes. Pero lo que sí aumentarían serían los suicidios, yo sería uno de esos, tener que pasar el resto

de mi vida sin volverme a emborrachar, una completa tortura. Vivir es como estarse ahogando sin poder morir y el alcohol es un salvavidas que permite sacar por un momento la cabeza de toda la mierda que no deja respirar, aliviana y te deja salir a la superficie» recordó la cerveza sin empezar que estaba sobre la mesa y decidió beberla de un solo sorbo para que la cachetada del fondo blanco le quitara ese miedo estúpido.

Puso la cerveza sobre la mesa y eructó, a este punto ya no le importaba el símbolo de los juegos olímpicos, lo único que quería era emborracharse, al otro día no tenía que trabajar y estaba con la quincena en el bolsillo, nada lo podía detener, excepto que aún no sentía el efecto de la cerveza. Alzó la mano con nerviosismo y frustración, a lo que Camila respondió tan ágilmente que no le dio tiempo de decirle que quería una botella de aguardiente, se lo dijo cuando llegó a la mesa con la bebida que estaba tan fría que se veía una pequeña capa de niebla sobre la botella.

—Te iba a pedir una botellita de aguardiente— dijo mientras tomaba la botella de las manos de Camila, evitando hacer contacto físico; para hacerle entender que dejara la bebida ya abierta.

Camila entendió perfectamente a su cliente —sí señor— y soltando la botella fue a preparar la botella de aguardiente que se servía con una jarra de agua, cascos de limón y una copita de sal.

«Bueno, definitivamente son los nervios que se me subieron y me bajaron las polas, pero con aguardientico no hay falla» mientras pensaba esto, se hacía fuerza en el estómago para sacar el resto de gases y poder tomarse la cerveza igual que la anterior. Colocó la boquilla en sus labios y empezó a dar grandes bocanadas, forzadas, lentas, sin el gusto de las anteriores, esta vez el frío le congeló el paladar y le hizo parar, respiró un poco, expulsó sin ruido un pequeño eructo y la terminó. La puso sobre la mesa y se quedó mirándola fijamente, con ojos de reclamo, esperando que hiciera su tan anhelado efecto, pero nada. Está a punto de estallar, de hacerle el reclamo a la vida por tan tremenda injusticia «ni siquiera soy un borracho para que se me tenga que castigar de esta forma y ahora ¿qué hago?» en ese momento de pánico sintió de nuevo las ganas de orinar «eso siempre pasa, uno está tomando y no siente, cuando uno se para, tenga, se le suben los tragos». Se puso de pie y empezó a caminar con la expectativa al tope, esperando sentir la ola, pero nada,

llegó al baño del local, se miró en el espejo lleno de rabia y desilusión, «estoy siendo paranoico» orinó, se lavó las manos y se sentó nuevamente en su mesa, en la cual ya se encontraba la botella de 175 mililitros de aguardiente con dos limones en tajadas, una jarra de agua, un vaso desechable y dos copitas, una llena de sal y la otra vacía.

Sirvió un trago y lo bebió, puso la copa sobre la mesa, sirvió otro trago y volvió a tomar, fue tan rápida la acción que hasta el segundo sorbo su rostro reaccionó a la fuerza astringente del aguardiente, su cara se arrugó y le dio tranquilidad «con esto definitivamente si me emborracho y me quito miedos estúpidos». Tres, cuatro, cinco y nada, no sentía el efecto del alcohol, no perdía la cuenta de los tragos, estaba completa y absolutamente sobrio, esto ya era el colmo, no sabía qué estaba pasando y tampoco sabía qué hacer.

«Ante situaciones irreales, medidas desesperadas» pensó mientras servía el resto de la botella en el vaso desechable que estaba destinado para el agua, se lo bebió en un solo trago. Era muy extraño, sentía el efecto del alcohol sobre su lengua, pero no en su cerebro, podía olerlo, sabía que estaba apestado a aguardiente, si un policía lo detenía y le hacía prueba de alcoholemia, estaba seguro de que lo multarían y

quitarían su licencia, si tuviera una. Alzó nuevamente la mano, Camila, quien lo estaba viendo desde hacía un rato, impresionada de la forma en la que estaba bebiendo don Nelson, dio un salto y con el mismo impulso se dirigió a la mesa de su mejor cliente, no por sus compras, sino por sus modales.

—Camila, por favor tráigame un litro de ron— dijo Nelson clavándole una mirada fría y decidida para que Camila no llegase a hacer ninguna sugerencia.

— ¿No cree que ya tomó mucho don Nelson?— preguntó ignorando la forma en la que la estaba mirando, asumió que era por los tragos, nada más lejos de la realidad —igual ya casi voy a cerrar.

—No Cami, tranquila, hoy me siento fuerte— sin embargo, estaba a punto de desmayarse y no precisamente en la forma en que le gustaría. — igual ya me iba, voy para donde un amigo.

—Ah, bueno don Nelson, entonces se la voy a traer en una bolsa.

Cuando la joven trajo la botella, pagó la cuenta y se fue, bajó del último piso de la plaza y comenzó a caminar por la carrera 15 hacia el sur, mientras tanto, iba dando grandes sorbos a pico de botella. Para una persona observadora, sería un cuadro particular, ya que

era un borracho con su botella en las manos, apestando a alcohol, el cual, no se tambaleaba al caminar, por el contrario, su caminar era recto, imperturbable, si alguien intentara tumbarlo le sería imposible, se veía sólido, completamente sobrio, eso sí, su mirada no era normal, ya estaba desprovista de esperanza, de cualquier anhelo de vivir.

«¿Cómo voy a hacer para seguir? Completamente sobrio el resto de mi vida, no soy un borracho, pero en algún momento voy a hacer uso del trago, es necesario, poder desahogarse ahogándose en alcohol, todo el mundo lo sabe, desde los griegos con sus dionisiacas hasta Camila que trabaja con borrachos y los detesta. La calle 45, pensar que a uno le dicen que el alcohol trae a la gente acá» Nelson se refería a la cárcel, la morgue o a una clínica psiquiátrica, todo en una sola calle, y para evitar pasear la mayoría de los muertos por toda la ciudad también se encontraba el cementerio central. «La ironía de la vida, estoy aquí sin saber qué hacer con mi vida por la razón contraria».

Continuó caminando por la calle 45, pasó por el parque Romero, completamente lleno de extranjeros armando sus cambuches para pasar la noche, los más jóvenes estaban organizando un minicampeonato de

microfútbol, y se veía como pasaban una botella de lo que parecía aguardiente entre los que se preparaban para jugar «eso es, es que no me lo pueden quitar, porque cuando uno se encuentra en la miseria una de las cosas que dan un respiro es emborracharse, cualquiera puede, quien no tiene casa, quien la tiene vacía, el que la tiene llena, el que tiene hambre, el que come de gula, curas, monjas, obreros, ingenieros, jueces policías, hasta los de doble A se pueden emborrachar, excepto yo, ¿qué estoy pagando?» miró la botella de ron que llevaba en la mano ya vacía, miró a su alrededor y vio una droguería en una esquina, frente a la cruz roja

—Buenas noches, ¿tiene alcohol?

—No señor, arriba llegando a la 15 hay una licorera— respondió el hombre, pensando que Nelson se refería a alguna bebida, lo dio por borracho al verle la botella vacía de ron en la mano y sentir el olor a trago que emanaba.

—No señor, alcohol para las heridas ¿Cuánto cuesta el más grande?

—La más grande que tengo es de cuatro litros y cuesta treinta y cinco mil— dijo el hombre con desconfianza. Nelson sacó un billete de cincuenta mil para quitar ese gesto de la cara del hombre. Con

resignación, el farmacéutico tomó el dinero y le dio la botella junto con los vueltos.

—Muchas gracias— respondió Nelson, tomando la nueva botella y dejando sobre la vitrina la anterior, a lo que el hombre dijo— si se toma todo eso se mata, tenga cuidado— ignorándolo, salió de la tienda y bajó hasta la carrera novena, cruzó la intersección de las dos vías en diagonal, mientras destapaba la botella y empezaba a beber como el atleta al final de un maratón. Seguía sin sentir nada, ni un dolor de estómago, ni acidez, nada, completamente sobrio, «ya es una tortura, que quieres de mí» gritaba mirando el cielo, pues si alguien controlaba este tipo de cosas definitivamente tendría que estar arriba.

Ya en la parte más alta del puente de la novena, la cual, irónicamente no encaja con la mitad del mismo, se encontraba Nelson solo como había pasado la mayor parte de su vida, con lágrimas en los ojos, con la desesperación al tope, no le veía una solución a su problema, «no es como que pueda llegar a donde un médico y decirle “doctor, estoy mal, soy inmune al alcohol”. De todos las putas inmunidades, esta es la menos deseada, la más despreciable de todas, la más inútil» sin más, se terminó de tomar el litro de alcohol

que aún le quedaba, se subió en el separador de la vía peatonal del puente, dio un pequeño salto para sujetarse de la estructura metálica que hacía función de techo y reja para que los suicidas no se lancen. Con poco esfuerzo se subió completamente y pensó en que si estuviera ebrio no podría llegar hasta allí. Miró a su alrededor y la gente ya se empezaban a arremolinar a su alrededor, gritando frases motivacionales y salvavidas, pero ninguna encajaba en el problema irremediable en el que se encontraba Nelson, «Una vida completamente ahogado en la realidad, sin poder dar ningún respiro, es una vida que no vale la pena». Dando un par de pasos muy coordinado, saltó como clavadista profesional.

Ese día, terminó la vida de un hombre irremediamente sobrio.

CHRISTIAN MARTÍNEZ



Nací en la década de los noventa en la ciudad bonita Bucaramanga, ingeniero ambiental de la UPB, he trabajado como docente de ciencias básicas, sin embargo, por giros de la vida hice parte de proyectos de animación digital donde descubrí esta faceta de mi vida, la de inventar historias, mundos, personajes.



Título: Sobrio problema.

Autor: Christian Martínez.

Edición digital Hoja en blanco. Noviembre, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

